

III

LA MATANZA SILENCIOSA

La empalizada de que hablamos en el capítulo anterior no tenía más objeto que el de aislar de las demás dependencias del castillo el patio llamado de los proveedores.

Dicho patio sólo daba acceso á la fragua, situada como dijimos en un cobertizo, y á la llamada sala del interrogatorio, en el piso bajo de la torre. De aquí que en él penetrasen tan sólo los forjadores y los encargados de atormentar á los reos de quienes se pretendía obtener alguna declaración.

En su cualidad de forjador y de ayudante atormentador, Pielnegra poseía la confianza del gobernador de la torre, siempre ausente, y la de otros funcionarios que dejaban entre las manos de tan poco interesante personaje las llaves que abrían las puertas particulares situadas en la parte Este de los tres recintos amurallados.

Creemos haber dicho ya que en el patio de los proveedores no vigilaba nunca ningún centinela; sólo por la noche soltaban en él un perro enorme, menos con el objeto de que diera la voz de alerta en caso de evasión, que con el de impedirle ir á reunirse con sus congéneres de aquellos contornos, con los cuales libraba singulares batallas.

Las relaciones de amistad entre Pielnegra y el perro eran excelentes; tanto más cuanto que el hombre no dejaba de llevar alguno que otro hueso para que lo royera concienzudamente su amigo de cuatro patas. Aquella noche habíale llevado, como de costumbre, un magnífico hueso, su postrer presente, por desgracia para el animal, que cayó muerto, como herido por un rayo, en cuanto le hincó el diente.

Una vez inmóvil el perro, Pielnegra se apresuró á introducir en el patio á los seis hampones por él escogidos en la corte de los milagros, ocupándose todos en seguida en despellejar al perro difunto, en encender el horno de la fragua, en escoger las armas de que habían de servirse, y en distribuirse los puestos, esperando luego, en el silencio más absoluto, el momento de cumplir su miserable misión.

.....
El prisionero habíase decidido á saltar al suelo cuando aún Bernardo corría por el caballete del muro, por lo que el intrépido joven no pudo ser testigo de la primera agresión.

Jacobo de Villanueva, desnudo el torso, por lo que todos los golpes en él debían hacerse visibles, sólo dis-

ponía como armas, del puñal dentado que le sirviera para limar el barroto de la tronera. Poca cosa en verdad, como se vé.

Sin embargo, nada puede el número contra el prestigio del nombre, ni la fuerza bruta contra la habilidad, ni la dureza de las armas contra el valor sublime que domina moralmente.

Prodújose el choque, y de él se retiró el marqués sin herida aparente, derribando al retroceder á uno de los miserables estipendiados, Nataniel el Leproso.

Menos favorable le fué el segundo ataque. Cierto que consiguió cortar de un tajo el jubón de Fargas, aserrando asimismo dos dedos á la Bola, pero en cambio hubo de sufrir él por su parte una cruel herida que en el hombro derecho le produjera el férreo látigo de Pielnegra, una quemadura en la frente ocasionada por el hierro enrojecido que manejaba Miguel el Chulo, y una tremenda contusión en el pecho, que Cuello azul le infirió con sus tenazas.

Comenzó á correr la sangre por su pecho desnudo, al mismo tiempo que sentía arder su cabeza. La prolongada detención sufrida preparábale mal para la sucesión de esfuerzos musculares terribles á que le obligaba aquella lucha, desigual como ninguna otra; no había elasticidad en sus articulaciones, ni la necesaria resistencia en sus músculos, atrofiados por la dilatada inacción, y sin embargo, en la feroz resignación reflejada en su semblante, podía leerse su propósito firmísimo de no caer hasta haber hecho morder el polvo á algunos de sus enemigos.

Era aquel el momento en que Sed de Amor doblaba la esquina de la muralla. Vió al león herido, pero dominando aún á la manada de tigres que le acometía, y sintióse invadido á la vez por loco terror y por una admiración sin límites.

Pudo entonces ver cómo los asesinos se arrojaban, con rabia y todos á una, sobre el desgraciado prócer para golpear su cuerpo y abrasar sus carnes, y pudo ver asimismo cómo los miserables, una vez más maltratados, batíanse en retirada.

Fué entonces cuando se inclinó de nuevo sobre la barrera de picas allí plantadas; y convencido de que no le era posible franquear aquella trampa mortal en la que hubiera quedado empalado, tomó á Diógenes por la piel del cuello, lo balanceó un momento en el aire y lo lanzó como una catapulta en medio del patio.

La caída del perro provocó una tregua de estupor.

Todas las miradas se dirigieron á él en primer término, y luego al sitio de donde viniera, quedando así descubierto Sed de Amor.

Sin embargo, como el animal parecía más jugueteón que peligroso, puesto que en vez de atacar á los bandidos dióse á embestir contra la alambrada que rodeaba la barrera de picas, y como por otra parte el personaje subido en el muro no tenía medios de bajar de él, el amigo de Gaspar Mouvette ordenó en voz baja:

— ¡Animo, corderos! Ya veis que este condenado hereje no puede con su alma... Un esfuerzo más y es nuestro.

Lo mismo importaba á los hampones que aquel

hombre fuese papista que hugonote. Todos ellos habían recibido ya golpes ó heridas, y de muy buena gana habríanse abstenido de recomenzar sus ataques y escapándose de aquel patio maldito si la puerta no hubiese estado cerrada.

Pero lo estaba, y de grado ó por fuerza hubieron de atacar por tercera vez al marqués.

— ¡Todos al brazo derecho! — aconsejó el valiente duque de Egipto. — Hay que quitarle el aguijón cuanto antes, si no queremos que nos pique...

No había aún acabado de hablar cuando el heroico fugitivo asestó tan terrible golpe en el cráneo de Ripaudier, que el padre de Isis la Bella rodó entre las piernas de sus cómplices, sin exhalar siquiera un quejido.

— ¡Dos menos! — exclamó en voz baja el marqués.

Como si pretendieran rodear al preso de una muralla de acero, los asesinos se aproximaron, estableciendo entre ellos tacto de codos; pero cuando se disponían á atacar hubieron de detenerse y volver la cabeza.

Sed de Amor, pateando y gesticulando en la cresta del muro, gritaba como un poseído:

— ¡Anda, chuchó! ¡Anda con ellos, Diógenes!... ¿Pero qué es lo que hace ese maldito animal?...

El maldito animal, apenas repuesto del aturdimiento que le produjera su caída, y como acometido de una especie de vértigo inexplicable, habíase lanzado contra la alambrada protectora de las picas inmóviles. Por eso los mercenarios, que habían témido al pronto por sus

piernas, se tranquilizaron enseguida, juzgando al gran Diógenes cantidad hartó despreciable.

Grave error el suyo. El inteligente animal aprovechó la tranquilidad en que le dejaban para realizar con gran provecho un trabajo considerable. Sirviéndose indistintamente de uñas y dientes atacó la alambrada hasta destrozarla en una extensión de tres ó cuatro metros cuadrados.

Los gritos de Sed de Amor azuzando á Diógenes fueron causa de que se distrajeran los asesinos, quienes miraron asimismo al perro sin acertar tampoco á comprender el por qué de la extraña tarea á que el animal se libraba.

El cautivo era el único que comprendía. Era natural. Cuando el ala de la muerte frota una inteligencia en plena fuerza, la sensibilidad de la misma se multiplica; es la victoria del espíritu sobre la materia.

Aprovechando la distracción momentánea de sus verdugos, el gran marqués miró al perro, y luego su mirada elevóse hasta Bernardo. Entonces habló por primera vez desde que abandonara su calabozo.

— Hijo mío, — dijo con lentitud, pero con voz sonora — tu perro prepara el sitio por donde podrás pasar si es que vienes en mi ayuda.

Y como el caballero agachábase ya para dar el salto, el marqués continuó:

— ¡No! ¡Detente! Tu brazo me sería inútil; lo único que te pido es tu espada.

Bernardo vaciló un momento. Repugnábale la idea

de enviar su espada, que hacia milagros, sí, pero por él empuñada. ¿Sabría el marqués servirse de ella con igual destreza?

Su vacilación duró solo un minuto, y sin embargo, cuando quiso decidirse y acceder á la demanda del prisionero, ya era tarde para hacerlo. Comprendiendo Pielnegra lo peligroso que sería el enérgico anciano en posesión de aquella arma, acababa de ordenar el último ataque.

El combate recomenzó pues, más encarnizado, más salvaje que nunca.

Jacobo de Villanueva, sin dejar de defenderse contra los golpes que sobre él llovían martirizando sus carnes y atenazándolas, continuaba diciendo con voz que procuraba hacer entera.

— ¡Mi vida se escapa gota á gota, hijo mío! En memoria de aquel cuyo nombre llevas, en nombre de la que te dió el ser... ¡Ah los cobardes, los cobardes!... ¡Tu espada, joven, tu espada por Dios vivo! ¡Por la virgen á quien debes amor!...

Era ya demasiado. Sed de Amor se agachó y dando un salto de pantera, abandonó el muro.

— ¿Mi espada? — decía hallándose aún en el aire — hela aquí; os la traigo yo mismo...

Menos rápido es el rayo en caer que lo fué Sed de Amor en enderezarse y pasar á través el boquete abierto por Diógenes en la alamburada.

Llevando en la mano, centelleante, la espada de Spolto, el templado acero milanés, bastóle un instante para sembrar el suelo en torno suyo de cadenas rotas,

de tenazas desunidas, de martillos sin mango y de tridentes torcidos.

Su primera estocada atravesó el cuerpo de la Bola, y seccionó el cráneo, duro como una piedra, de Miguel el Chulo. Un cupé en pleno pecho puso fin á la brillante carrera de Pielnegra, sin duda porque estaba escrito que dicho empleado subalterno no lograría satisfacer su ambición de verse nombrado atormentador jefe, y Cuelloazul y Fargas, que salieron bien librados, perdieron un ojo cada uno, el derecho, por haberles hecho Bernardo el honor de ensayar también con ellos la formidable estocada de Spolto.

Había en esto llegado la noche. La luz mortecina de la fragua alumbraba tan solo con rojo resplandor el patio de los proveedores, testigo mudo de la hecatombe.

Cubierto de sangre, pero insensible al dolor de sus heridas, Jacobo de Villanueva-Marsán contemplaba aquella escena de pesadilla sumido en una especie de estupor, mientras que Bernardo, luego de enjugar su acero en el delantal de Pielnegra, fuese hacia la puerta y la abrió con violencia; hecho esto acercóse al prisionero:

— Monseñor, — le dijo — gracias á Dios sois libre.

Encontrábase entonces en plena luz rojiza. Los cansados ojos del gran marqués fijáronse en él de pronto, y el noble entrecejo hubo de arrugarse apenas, contemplando al mozo. Hubiérase dicho que hacía violentos esfuerzos para fijar en su mente un recuerdo fugitivo.

— ¡Por Dios vivo! — murmuró. — Tentado estoy

30107

de creer que este es el joven que Glorieta me indicó como visto por ella, en su sueño hipnótico, en seguimiento ó escolta de las damas de Villanueva-Marsán.

Bernardo, sin perjuicio de respetarlo, asombrábase del silencio del prisionero. Pero de pronto le oyó murmurar entre dientes algunas palabras, y luego otras, pronunciadas en voz alta, le hicieron estremecer.

— Joven, — decía el marqués — poseéis el valor temerario de vuestro padre, y os parecéis mucho á vuestra madre,...

¡ Su padre ! ¡ Su madre ! ¿ Iba Bernardo á oír hablar de ellos, precisamente en aquel sitio ?

No. El marqués, pasando la mano por su frente lastimada y dolorida, seguía murmurando :

— ¿ Pero qué cosas se me ocurren ? Si el niño murió en el saqueo de Astaffort...

— Señor, — se atrevió á decir el caballero — me parece una solemne imprudencia continuar aquí más tiempo.

Como si no. El león libertado ni le oyó siquiera, ocupado como se hallaba en recordar acontecimientos pretéritos :

— El hijo de Blanca tendría cuatro años — pensaba — cuando Maria me dió dos hijas, la rubia Genoveva y la morena Solange.

— Señor, — repitió Bernardo — estoy aquí para servirlos. Mi caballo se halla oculto en el bosque ; en un tiempo de galope puede llevaros hasta el Hotel de Villanueva-Marsán donde la señora marquesa y la señorita Solange...

Profundo suspiro escapó del pecho del marqués.

— ¡ Es verdad — dijo — es verdad ! Yo no tengo más que una hija... la otra me fué robada...

Muy afectado en presencia de tan sincero dolor, disponíase Bernardo á insistir respetuosamente, cuando un gruñido de Diógenes hubo de llamar su atención.

El perro se hallaba en uno de los rincones del patio. Hacia él se dirigieron el marqués y el joven, y vieron cómo husmeaba, gruñendo cada vez más, la primera víctima del atentado. Sin duda el cuerpo de Nataniel el leproso no olía á sangre como los demás, y el olfato de la noble bestia encontraba una inexplicable diferencia.

Expliquémosla nosotros enterando al lector de que aunque muerto al parecer, el dignatario de la Corte de los milagros gozaba en aquel instante de cabal salud. La horrible herida que le desfiguraba el rostro habíala simulado él mismo, desde el comienzo del combate, para ponerse á cubierto de los golpes que no dejarían de repartirse haciendo ver al mismo tiempo que caía con honor, como sólo caen los héroes.

Y sucedió que el voluptuoso sibarita, por no hacerse daño con las duras piedras, se dejó caer, simulando la agonía, sobre la piel del perro poco antes desollado. El olor de esta piel, mezclado al del rojizo unguento que cubría la cara del hampón y con el cual hubo de simular su herida, era lo que acababa de herir el fino olfato de Diógenes, disgustándole en tales términos que quiso vengar en el acto el ultraje hecho á su membrana pituitaria hincando los dientes en la prominencia nasal

del bandido, el cual, como es consiguiente, vióse obligado á defenderse.

— ¡Oh, altezas y señores míos! — exclamó el falso patriarca, arrodillándose ante los dos hombres, atónitos en presencia de la extraordinaria resurrección. — ¿Visteis mi valor cuando, como el profeta Daniel, hice frente á los asesinos?

— Tú eras uno de ellos; — dijo Bernardo.

— ¡Cómo, serenísimo señor! ¿me juzgáis capaz de haber pactado con esos cobardes? ¡Ah, no! Si estaba aquí, era con objeto de ofrecer mis servicios al noble prisionero.

— ¿Haciéndote el muerto?

— Soy tan viejo, señor, que ya lo veis, más parezco una criatura. La debilidad fué causa de que me durmiera. Pero regocijaos — añadió con aplomo imperturbable, — muerto de veras no habría podido seros de ninguna utilidad, mientras que ahora, vivo, fácil ha de serme explicaros cómo habréis de proceder para destruir los planes de quienes habían decretado la muerte de este noble prisionero.

— ¿La orden emanaba de Catalina, no es eso? — preguntó Bernardo.

— ¿De la madre del rey? En realidad, excelencia, — contestó el bandido — no me es posible afirmarlo. Todo lo que puedo asegurar es que Pielnegra ¡Dios le haya acogido en su seno! frecuentaba el trato del señor Gaspar Mouvette, oficial de policía agregado al servicio del Hotel de Soissons.

— ¡Lo sospechaba! — murmuró el marqués.

Hubo un momento de silencio.

En concepto del de Villanueva aquel hombre no mentía. Si la asesina coronada — pensaba — se entera de mi evasión, me hará buscar y apuñalar por sus esbirros y ¿quién defenderá entonces á las débiles mujeres que llevan mi nombre? ¿Qué hacer, señor? ¿A quién creer?

Puso una mano sobre el hombro de Nataniel, quien se inclinó bajo el peso de la misma, y le preguntó enseñada:

— ¿Qué era lo que debíais hacer con mi cadáver en el caso de que hubieseis logrado matarme?

— ¡Ah, señor! No se si tendré valor para deciros...

— Habla pronto y claro... Salva será tu vida si la rescatas salvándome, y gracia haré asimismo á esos dos miserables que sobreviven si es que me respondes de su silencio.

— Cuanto á ellos, — dijo Nataniel — seguro es que no irán á vanagloriarse de haber errado el golpe.

— En ese caso habla, y sé breve.

— Habíamos recibido, señor, — continuó el bandido decidiéndose — una orden sacrilega...

— ¿Sacrilega?

— ¡Infame, serenísimo señor! Una orden innoble y repugnante. No otra cosa es eso de ordenar coser el cuerpo de un cristiano en la piel de un perro.

— ¡Cómo! ¿Se habían atrevido á semejante horror? — gritó Bernardo mal conteniendo su ira.

El marqués repuso con calma:

— Sabed, joven, que Catalina se atrevió á todo.

— Así es en efecto, ó así debe ser, — contiúo Nataniel — porque ved ahí la piel del animal, ya preparada.

— Y una vez cosido en esa piel, ¿ dónde debían conducirme? interrogó de nuevo el marqués.

— ¡A Montfaucon!

— ¿A las horcas patibularias?

— Tal era la orden.

— ¡Infamia sin ejemplo! — murmuró Sed de Amor, cuyos ojos chispeaban al pensar que era al marqués, el padre de su Solange, á quien se destinaba como mortaja la piel de un perro.

Contrastando con la cólera del joven, la aparente frialdad del de Villanueva, no obstante hallarse cubierto de sangre, parecía en verdad extraordinaria.

— ¿Cuál es tu nombre? — preguntó.

— Nataniel, señor, para servir á vuestra alteza.

— Pues bien, Nataniel, podrás servir á mi alteza, como tú dices, sin desobedecer por eso á la loba infame que desearía verme ahorcado.

Bernardo se asustó al oír estas palabras de labios del marqués. ¿Era acaso que el desdichado gentil-hombre, cuya razón había debido debilitarse durante su prolongado cautiverio, la perdía entonces por completo? ¿Cómo explicar de otro modo el dilema que pretendía resolver?

La ansiedad del joven era tan intensa que el marqués reparó en ella, adivinando al mismo tiempo la causa que la motivaba.

— Sabed, joven — dijo paternalmente — que es temerario juzgar lo que no se comprende. El vigor y

la temeridad son el patrimonio de las negras cabelleras; las blancas como la mía denotan en quien las posee la astucia y la diplomacia... Deseo conservar la vida, pero no por mí, sino por mi rey y por los míos... Dejadme hacer.

Dirigiéndose al hampón, que escuchaba perplejo, repitió:

— Puedes obedecerme á mí y á ella; á ambos á la vez. Quiero ser ahorcado... para trabajar después en completa seguridad.

Sed de Amor retrocedió un paso. Decididamente no acababa de comprender lo que el marqués se proponía. En cambio Nataniel movía la cabeza en señal de aprobación.

— Buen medio es ese, — murmuró. — El único tal vez que pueda intentarse... Como que me hubiera permitido aconsejárselo á monseñor si á monseñor no se le hubiese ocurrido antes.

— ¿Y eres tú, miserable, quien se atreve...

Bernardo intervenía de nuevo. Nataniel le atajó diciendo:

— Me atrevo tanto más cuanto que para substituir al señor marqués en la piel de un perro, se precisa un hombre de buena voluntad.

— ¿En ese caso se trata de meter en la piel otro cuerpo?

— Mucho habéis tardado en comprenderlo; — siguió el leproso con ironía.

Bernardo interrogó estupefacto:

— ¿Y tú has creído que yo?...

— ¿No deseáis servir al señor? Pues mejor servicio que ese...

— ¡Basta de palabras inútiles! — dijo el marqués con autoridad. — Uno de éstos puede reemplazarme.

Y señalaba con el dedo los cuerpos tendidos en el suelo.

— ¡Guardaos bien de contar con éstos, alteza! Pensad que están contados, y que es preciso que, muertos ó vivos, no falte ninguno.

Tenía razón el hombre. Un silencio angustioso siguió á sus palabras.

De pronto los tres hombres aguzaron el oído. Detrás del muro, en el camino de ronda que precedía al patio de los proveedores, oíase rumor de pasos.

— ¡Alerta! — dijo en voz baja Sed de Amor. — Ya decía yo que nos deteníamos demasiado.

El marqués de Villanueva empuñó su daga dentada.

— Quien quiera que sea el que se acerca, Dios nos le envía, dijo.

Luego los tres se repartieron á ambos lados de la puerta abierta y esperaron.

Los que llegaban — porque eran más de uno — continuaban avanzando sin precipitación, pero al mismo tiempo sin temor y descuidados hacia la muerte.

IV

EN LA PIEL DEL PERRO

Despojábase coquetamente la luna de sus cendales hacia el ángulo sudeste de la torre. Su luz blanquecina dejaba aún en la sombra el terreno teatro de la reciente batalla, iluminando en cambio de lleno la abertura vigilada por los tres hombres y por el perro.

La primera cabeza que apareció en el marco iluminado fué la de un animal de largas orejas, cuya presencia acogió Diógenes con grandes aunque mudas muestras de contentamiento. Luego resonó una voz gruesa, la voz de un hombre que decía :

— Pues señor, entrar en el Luvre es por lo que veo cosa tan fácil y hacedera como penetrar en un molino de mi pueblo... ¡Ventre de pulga! Haber andado tanto para llegar á un patio de la corte que más parece el de una cárcel...

Entraba en esto á su vez el hombre de la voz gruesa, y el marqués con el brazo levantado disponíase á des-